



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 28.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Barro del Campillo, núm. 15.

#### SUMARIO.

**La Murmuracion**, por Omar.—**Melodia**, poesia por Doña Eloisa Gonzalez.—**Una herencia de llanto**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La súplica de una huérfana**, poesia por Don Antonio Molina Gonzalez.—**Solo un Dios y solo un culto**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**A mi amiga Elisa**, poesia, por Don Matias Pastor.—**Variedades**.

### LA MURMURACION.

Desde que el primer hombre osó revelarse contra el mandato de la Divinidad, cayeron sobre él como un estigma tantas flaquezas y miserias, que le hacen á veces el ser mas humillante de la Creacion: no es mucho, pues, que habiéndose levantado contra su mismo Dios, se revuelva tambien contra sus semejantes, empujado por ese espíritu de repulsion, causa de todas las conflagraciones y desdichas que la historia registra.

Pero si esas luchas incesantes en que los pueblos viven, llevan contra sí la reprobacion de la recta conciencia, hay sin embargo en ellas, cuando son descaradas y francas, un cierto señalo de nobleza, que acaso por una inclinacion de

nuestros instintos turbulentos, hasta nos pre-dispone en su favor.

La murmuracion, es decir, la conversacion secreta en perjuicio de algun ausente, aquella en que se publican sus faltas, siendo el arma mas depresiva y vergonzosa de que puede hacer uso un hombre depravado, no encuentra el mas leve justificante, ni aun siquiera capcioso. Si la murmuracion es calumniosa, entonces sube de punto la odiosidad que entraña.

Encaminada á lastimar el timbre mas valioso del hombre, el honor, equivale á un asesinato moral tanto mas criminoso y culpable que las agresiones tangibles de menos consecuencias muchas veces.

En medio de nuestra brillante civilizacion, y por más que nos duela consignarlo, los efectos de la murmuracion se dejan sentir con frecuencia, llevando su hábito ponzoñoso al seno de las familias donde se perpetúa el mortal veneno, porque estas llagas ó se hacen incurables, ó dejan para siempre visible cicatriz.

La murmuracion es el baluarte desde el cual asestan, impunemente, ó sobre seguro, sus enconados ataques, aquellos que no tienen valor para luchar á campo abierto, ni ánimo sereno



para afrontar las miradas de sus víctimas.

Ella es el arma de los depravados, y lo mismo se hace temible en manos del fuerte que del débil, del ilustrado que del necio, del magnate que del plebeyo: sus tiros encuentran el mismo eco en la opinion pública, hieren con la misma fuerza, penetran de igual modo el corazón de la víctima.

El murmurador ocupa el último peldaño en la escala de los seres malvados, su asquerosa baba mancha para toda la vida.

Su estrategia es infinita y hasta pudiéramos decir ingeniosa: á veces su dardo es el silencio, pues callar en ciertas ocasiones equivale á prestar el asentimiento á lo que se oye, á consentir en lo que se imputa, á hacerse solidario en lo que se comenta.

Esto denuncia una perversidad de sentimientos indefinible.

La murmuración es la antítesis del más sacrosanto de los principios: la caridad.

Un dicho intencionado, una especie lanzada con todo el refinamiento malicioso que solo cabe en un corazón libre de nobles afectos, basta para empañar la reputación de una dignidad civil, para menoscabar la santidad de una gerarquía eclesiástica, para resentir el crédito de una sociedad comercial, para llevar el luto al seno de una familia honrada.

¿Y cuál es el móvil de los murmuradores en estos casos?

Solo una animosidad infundada, una esperanza desvanecida, un rencor mal encubierto, una envidia mal acallada.

En nuestra sociedad á pesar de sus contrastes, el honor y el crédito son los dos merecimientos más poderosos de la consideración pública: despojados de ellos á un individuo y habréisle quitado el aprecio de los hombres honrados, le habéis hundido en el polvo de la reprobación general.

Aquellos objetos venerados son también el blanco de los murmuradores: á ellos se dirigen sus imprudentes inventivas.

Hay murmuradores que lo son por hábito; su contacto mancha, contamina.

Disfrazados por lo común con el ropaje de la hipocresía, sería difícil conocerlos, cuando afectando fingidas emociones estrechan con efusión las manos de sus víctimas y les venden inquebrantable amistad.

Es que la murmuración quiere ocultar su repulsiva hediondez en el velo del misterio por que la luz la avergonzaria. Y de aquí que el que recibe una acusación calumniosa tenga que su-

cumbir sin acción ni defensa contra sus impugnadores.

La ociosidad, madre como dicen de todos los vicios, es circunstancia inseparable del murmurador; en ella se fraguan las miserables maquinaciones que roban el sosiego y la calma á las familias, arrojando sobre su frente la nota de la mancilla y el deshonor. ¡Cuán grande es la responsabilidad moral de los acusadores!

Un hecho premeditado suele acontecer que encierra más elocuencia y perversidad que la palabra más insinuante.

Cuéntase de un célebre personaje francés que desdanzado por la repulsión de cierta dama que no quiso admitir sus galanteos, mandaba colocar su carruaje por espacio de algunas horas delante de su puerta, ocasionando con ello las murmuraciones consiguientes.

Muchos otros ejemplos pudiéramos citar, por que ¿quién desconoce en más ó menos escala y más ó menos de cerca las tristes consecuencias de la maledicencia?

Por eso en todos los países y épocas, los murmuradores han sido objeto por parte del legislador de severas disposiciones, y en nuestra culta sociedad no sin razón se han consignado en los códigos penales las imputaciones calumniosas, como uno de los delitos más odiosos y reprochables.

Entre los rusos se marcaba la frente del murmurador con la letra K, y leyendo nuestra historia veremos que el rey D. Alfonso el Sabio, estableció en las leyes de partida la pena del Talión para los perpetradores de igual delito, y el actual código penal hace á los mismos referencia en el título de los delitos contra el honor, asociándose á la universal reprobación con que siempre se les ha mirado.

La moral pública con sus irrecusables principios repele el vicio de la murmuración, y Jesucristo, el más inflexible de los moralistas, nos dá un admirable ejemplo de caridad á la par que una benéfica enseñanza filosófica, cuando dirigiéndose á los acusadores de la mujer adúltera les dice: «El que de vosotros se encuentre sin pecado arrojéle la primera piedra.»

Á la murmuración solo cabe oponer un escudo: el desprecio.

Si los murmuradores han existido y existirán mientras subsista el mundo, si sus diatribas insensatas han de pesar constantemente sobre la frente de la humanidad, encuentren por lo menos su mejor condenación en la indiferencia con que deben ser acogidas por los entendimientos sensatos y los espíritus rectos.—Omar.



## MELODÍA.

## LEJOS DE TÍ.

Brisa suave  
que en blandos giros  
besas amante  
la blanca flor.

Tú del que adoro  
vagos suspiros,  
me das en prenda  
de eterno amor.

Dile que en vano  
La luz del día  
cubrir de rosas  
los prados ví.

Que envuelta en sombras  
el alma mía,  
el sol no tiene  
luz para mí.

Dile que en noche  
serena y pura,  
las ondas miro  
del ancho mar,

Doliente imagen  
de mi amargura,  
que el llanto guarda  
de mi pesar.

Dile que vuelva,  
que él es mi vida,  
mi amor del alma,  
mi porvenir.

Dile que mata  
la fé perdida,  
y yo no quiero  
sin fé morir.

Eloisa Gonzalez.

## UNA HERENCIA DE LLANTO.

## Novela original.

(Continuacion).

Adriana refirió entonces las palabras que había escuchado poco antes á Carlos en el cuarto de su hermano, y Doña María permaneció por algunos instantes pensativa y agitada, diciendo al cabo:

—Sí, tienes razon; algo hay aquí de extraño y confuso, que nosotras no podemos descifrar; pero que es forzoso que sepamos. Reposa algunos momentos, y confía en mí: estás muy agitada, tu frente arde, Adriana mía, descansa un instante; aun quedan muchas horas de noche, y en

ellas yo pensaré; yo meditaré lo que hay que hacer.

—¡Dormir, madre, dormir cuando mañana....!

—¿Y crees tú por ventura que mi afán es menor que el tuyo? ¡ay! hija mía, tu amas, pero yo soy madre y temo á la par por mis dos hijos! Sin embargo, confiemos en el cielo: yo le rogaré mientras tú descansas, y tengo esperanza que escuchará mis súplicas. ¡Oh! los ruegos de una madre deben valer mucho ante Dios, que tanto amó á la Santa Virgen que le llevó en su seno. Y si Él me escucha, ¿podrán los hombres cerrar los oídos á mi voz? no, no puede ser, y por eso confío en que yo aclararé este misterio.

La anciana instó tanto, que al cabo Adriana, vencida por sus ruegos, consintió en recogerse en el lecho. Su madre, sentada junto á ella, pasó el resto de la noche elevando al cielo sus ruegos para que alumbrase su mente y la dictase lo que debía intentar.

Cuando el primer rayo del alba iluminó los cristales de las ventanas de Adriana, ya estaban las dos mujeres levantadas y resuelto lo que iban á hacer.

También la primera luz del día, había venido á derramar su claridad sobre los vidrios del pobre cuarto de Andrea.

El día esparce la tranquilidad y la calma en los espíritus abatidos, y la joven respiró con mas libertad al verse libre de los terrores de la pasada noche.

Sin embargo, la situación de ánimo en que se hallaba, era bien triste y penosa, y superior en verdad á sus fuerzas y á sus años.

En su corazón recto y puro, luchaban dos sentimientos de fuerza igual y de igual grandeza.

El amor de buena hija que sentía por Martín: el amor y la gratitud que le inspiraba su bienhechora.

El guarda-bosque era para ella la imagen de Dios sobre la tierra, porque le había dado la vida, puesto que era su padre; pero Adriana, dulce, indulgente, previsora y generosa para ella, era casi mas, era y había sido su Providencia, puesto que la había enseñado á pensar, puesto que había ilustrado su razón y formado al par su corazón; puesto que la debía, en fin, la vida de su inteligencia.

¡Ay! Andrea hubiera dado la mitad de su existencia por Martín; pero acaso su existencia entera por la señorita de Avendaño, para quien en su alma se unían la gratitud al cariño, y á la gratitud la lealtad.

Y sin embargo; ¡doloroso contraste! ella que



hubiese derramado su sangre por la felicidad de su protectora, tenia esta felicidad en su mano, y dudaba y temia, y la era imposible dársela.

El guarda-bosque seguia enfermo.

La fiebre no habia cesado.

Aquel mal repentino, producido tal vez por el excesivo abuso que de las bebidas espirituosas hiciera el dia precedente, no podia calcularse hasta qué extremo llegaría, ni las consecuencias que podia tener.

Pero como el delirio habia cesado por completo, como las tinieblas que envolvian el espíritu del enfermo se habian disipado como las tinieblas de la noche, Andrea resolvió ir á suplicar á la señorita de Avendaño que la enviase un médico para que prestase sus auxilios á Martin.

Esperó pues, á que fuese mas de dia, y salió de su estancia para dirigirse al cuarto de Adriana.

Como sabemos ya, ésta se hallaba tambien en un estado cruel, y por la primera vez de su vida, la entrada en aquel cuarto no le fué permitida á Andrea.

Dijéronla que Adriana habia dado orden de que nadie la molestase, y ni que aun ella podia conseguir una escepcion.

—La señorita ha pasado muy mala noche, la dijo Ana con misterio; tal vez duerme ahora: su madre está con ella; yo creo que sucede algo extraño, pues las he oido hablar y llorar gran parte de la noche; pero como me habian mandado que me retirase, he tenido que obedecer y dejarlas solas á las dos.

La hija del guarda-bosque se estremeció al escuchar estas palabras, y sintió su corazón lleno de amargura, con la idea de la amargura de Adriana.

—¿Qué será esto? dijo para sí; ¿que habrá sucedido aquí para producir ese duelo?

—¿Qué deseabas, niña? la preguntó Ana viendo su abatimiento y lo alterado de su semblante.

—¡Oh! respondió Andrea; mi padre está enfermo y yo no sé qué hacer.

—Vé á buscar al médico: él te conoce, y si dices que vas en nombre de las señoras, no dejará de venir á ver al pobre Martin; pero ¿qué es lo que tiene? ¿qué le ha dado?

—Yo no sé; pero está muy malo, muy malo, respondió la niña mas afligida cada vez.

—Pues no te detengas: la casa del doctor dista muy poco; vé, niña, vé, y si necesitas algo, dímelo, que yo te ayudaré.

—Gracias, señora Ana, dijo Andrea á quien todos querian y miraban bien, porque sabian el afecto con que la distinguia Adriana.

Y se separó de la doncella, encaminándose á casa del doctor.

Breves instantes tardó en llegar. El médico de la aldea era un anciano noble y sábio, que dedicaba la vida á sus enfermos, y por consiguiente, ya estaba levantado y dispuesto á salir á visitarlos, cuando vió á Andrea acercarse á él.

Aquel bello rostro no le era desconocido: le habia visto muchas veces en la hacienda de Avendaño, y por consiguiente, sabia que aquella niña pertenecía á la servidumbre de la casa.

—¿Qué te trae por aquí, hija mia? la preguntó fijando una mirada cariñosa en aquel afligido semblante; ¿qué te trae por aquí? ¿hay algun enfermo en la quinta?

—Los señores gozan de buena salud, pero mi padre....

—¡Ah! ¿se trata de tu padre?

—Sí, señor.

—¿Y qué tiene?

—¡Oh! no sé; pero toda la noche ha estado desvariando, y sus manos quemaban, y no podia sostener las sienes ni tenerse en pié.

El doctor movió la cabeza y murmuró:

—Tu padre, hija mia, tiene un grave defecto: un defecto que todos saben en el pais, y que alguna vez le costará caro. Se embriaga demasiado y esto puede producirle la muerte.

—¡Ay de mí! ¿qué dice V.?

—Tranquilízate, niña, tranquilízate; ahora no se trata de eso, sin duda; por lo que me dices se reduce todo á una gran fiebre, producida por una excitacion cerebral. Vamos, ya veremos de curarle; ¿hace mucho tiempo que está malo?

—Desde ayer nada mas; contestó Andrea tristemente.

—Está bien; vuelve á tu casa, que yo no tardaré en estar allí: voy á montar á caballo y quizá llegue antes que tú.

Andrea no esperó mas, y tomó rápidamente el camino de la quinta.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LA SÚPLICA DE UNA HUERFANA.

Madre del corazón, prenda adorada  
¿Á dónde estas que ya mi voz no escuchas?  
Te llamo con afán y no respondes  
Y ante mi llanto permanece muda.  
Oye al ser que llevastes en tu seno:  
Que no existe en el mundo otra criatura  
Que más te adore, nó; pues que mi vida  
Tomó su ser, ¡oh madre!, de la tuya;  
Mira por mis mejillas como corren



Las lágrimas que brotan una á una  
De un corazon por el dolor herido,  
De un alma do se encierra la amargura.  
Más en vano te llamo, madre mia;  
En vano te dirijo tierna súplica,  
Pues no has de contestar aunque te llame,  
Ni mis ojos te ven aunque te buscan.  
Te perdí para siempre, ser querido,  
Y contigo mi bien y mi ventura;  
Para siempre perdí mis ilusiones,  
Que he visto marchitarse una por una;  
Ya no tendré quien mi dolor consuele,  
Quien calme mis pesares, mis angustias,  
Ni quien enjague las amargas lágrimas  
Que de continuo mis mejillas surcan.  
Ya el mundo para mí no tiene encantos,  
Y tan solo un pesar á mi alma abrumba,  
Pesar terrible que mi pecho oprime  
Que aumenta sin cesar mi desventura.  
Ya sola y triste sin ningun amparo  
Que me resta en el mundo; por mí cruzan  
Las horas más amargas, sin que nadie  
Venga á calmar mi lloro ni mi angustia.  
Yo detesto la vida, la detesto;  
No encuentro en ningun ser esa dulzura  
Que encontraba en tu pecho, madre mia,  
Y mi vida no es vida sin la tuya;  
Era contigo el mundo un paraíso:  
Hoy sin tí, para mí cárcel oscura.  
¡Oh dolor! yo te llamo; ven y rompe  
Del corazon las fibras una á una;  
¿Qué le resta en el mundo miserable  
Á quién pierde su madre? la amargura,  
El pesar, la afliccion, los sinsabores.  
Por eso ven, dolor, haz que sucumba,  
Y así podré reunirme con mi madre  
Aunque sea en el seno de su tumba.

Antonio Molina Gonzalez.

Blanca.

## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

»El amor de mi hija era para mí uno de esos  
»puros manantiales claros y transparentes, mas  
»hermosos aún por el ardor con que son bus-  
»cados.

»De vez en cuando procuraba adquirir noti-  
»cias de mis padres, pero nadie sabia dárme-  
»las.

»Un dia al fin supe que habian vuelto, pero  
»supe al par que mi madre se moría.

»No pude resistir más, y llorosa y desespera-  
»da corrí en su busca.

»No quise llevar conmigo á mi Elena por que  
»ella no debia presenciar nuestra primera en-  
»trevista: no debia oir lo que yo tenia que decir  
»de su padre!

»Llegué á la puerta de la casa en que habita-  
»ban, pero ¡ay de mí! llegué muy tarde!

»Yo cifraba todas mis esperanzas en mi ma-  
»dre, y mi madre salia en un atahud cuando yo  
»ponia el pie en los umbrales de su morada!

»Llena de espanto, enloquecida por el dolor  
»subí la escalera, y llamé á gritos á mi padre.

»Oh! entonces sucedió una cosa cruel.

»El infeliz que en aquel instante se hallaba  
»desesperado por la pérdida que acaba de sufrir;  
»se hallaba trastornado por que acababan de se-  
»parar de su lado para siempre á la buena y  
»santa compañera de su vida; tuvo un momen-  
»to de despecho acusándome de aquella muerte,  
»y apellidándome verdugo de la que me habia  
»dado la vida!

»Águeda acudió á mí y me rogó que no me  
»presentase á mi padre entonces.

»Yo no la oí; yo insistí, y la pobre criada me  
»precedió para anunciarme.

»Como ella habia previsto bien, la respuesta  
»de mi padre fué terrible.

»La dictaba sin duda el delirio de su pesar.

»Ordenó que me arrojasen de allí, que me  
»cerrasen la puerta de aquella casa en que ha-  
»bia sembrado la desgracia, negándome el con-  
»suelo de rogar con él y llorar por mi madre.

»¡Ay! si era verdad que las penas ocasionadas  
»por mí, habian contribuido á aquella muerte,  
»mi castigo era bien cruel, por que ruegos y  
»súplicas todo fué en vano.

»Volví á mi casa en un estado imposible de  
»pintar.

»Mi hija me vió llorar y me preguntó la causa  
»de mis lágrimas.

»¿Qué podia yo decirle?

»Nada!

»Sufrió sola y devoré sola mi pesar.

»Desde aquel dia me creí completamente  
»huérfana!

»Si alguna injusticia hubo de parte de mi pa-  
»dre, si con demasiada dureza me juzgó y me  
»repelió; yo bendigo su mano, y confieso resig-  
»nada que mia fué toda la culpa.

»Pero ¡ay! ya no trate de volverle á ver.

»Triste, sin esperanza, maldiciendo siempre  
»aquella funesta diversidad de religiones que  
»habia causado mi desventura se pasó desde en-  
»tonces mi vida.

»Mil veces me preguntaba si esa funesta li-  
»bertad de cultos, si esa fatal ley que ampara á  
»la propagacion de otras creencias no habrá



»causado en el seno de otras familias el mismo  
»estrage que ha ocasionado en la mia, y mi ra-  
»zon alumbrada por la luz de aquella funesta  
»esperiencia me dice que sí á todas horas.

»¡No, no puede haber dicha en el hogar do-  
»méstico, si la llama de la misma fé no le tem-  
»pla con un mismo y santo color!

»Por eso mi único afán era arraigar en el co-  
»razon de mi hija la flor purísima de la fe, del  
»amor divino y de la esperanza celestial.

»Yo no sé por qué, pero temia que las nebu-  
»losas brumas que envolvian el espíritu de su  
»padre se trasladasen al alma de aquella niña:  
»temia que heredase sus ideas desconsoladoras,  
»temia que el hielo de su corazon enfriase el  
»corazon de mi dulce ángel!

»Oh! esto hubiera sido la mayor desgracia  
»para mí; mi mayor remordimiento, mi tormen-  
»to eterno.

»Entonces me hubiera horrorizado de mi mis-  
»ma: hubiera tenido miedo de presentarme en el  
»tribunal de Dios en la hora de la justicia, por  
»que no hubiese sabido qué responder á los án-  
»geles, cuando me hubieran preguntado qué ha-  
»bia hecho de mi hija!

»Por fortuna mis temores eran infundados.

»Mi Elena creia, mi Elena amaba, mi Elena  
»esperaba en otra vida mejor.

»Con inocente fervor mezclaba sus oraciones  
»á las mias para pedir por su padre, por su pa-  
»dre cuyo nombre no le decia jamás, por su pa-  
»dre á quien no conocia.

»Oh! yo confiaba, yo confio aún en aquellas  
»preces.

»Hay algo en mí que me asegura que esta ni-  
»ña inocente terminará la empresa que yo no he  
»podido llevar á cabo.

»Que ella, pura, cándida, no teniendo en la  
»conciencia la mancha que empaña la mia, la  
»de haber desobedecido y amargado la vida de  
»unos padres buenos y amantes, salvará el alma  
»del suyo, y la volverá purificada al seno eter-  
»no de Dios!

»¡Ay de mí! cuán dichosa sería yo entonces,  
»como bendeciría mis horas de dolor recompen-  
»sadas con esta alegría.

»Creo que aun despues de muerta se alumbrar-  
»ría la noche de mi tumba con esta inmensa fe-  
»licidad!

»Pasaron algunos años en esta existencia fa-  
»tigosa y triste.

»Yo trabajaba, trabajaba siempre para cubrir  
»las necesidades de mi Elena, pero mi existen-  
»cia se gastaba en esta lucha contra el hambre  
»y la miseria, y mis fuerzas decaian y mi salud  
»se quebrantaba.

»Sin embargo, ocultaba mis dolores, no salia  
»jamás un ¡ay! de mis labios por no afligir á  
»aquella pobre niña, y el pan que yo necesita-  
»ba, le separaba á veces de mi boca para ella,  
»para ella que era mi vida.

»Consulté á un médico viéndome tan enferma,  
»y me dijo que tenia una aneurisma en el cora-  
»zon: me preguntó si habia sufrido grandes do-  
»lores, y me aconsejó mucha quietud, mucho  
»reposo, y un cuido especial, porque estaba muy  
»débil.

»¡Ay! nada de esto podia hacer.

»Respondí con una sola lágrima á aquellas  
»palabras, y me alejé pensando que mi hija iba  
»á quedar huérfana.

»Entonces quise consignar en el papel todos  
»mis sentimientos, para que algun día ella los  
»supiese, y aprendiera con mi ejemplo á saber  
»que no hay felicidad posible cuando no escu-  
»chamos la voz paterna, cuando cedemos á nues-  
»tro deseo, cuando desoimos la voz de la razon,  
»para escuchar solo la de nuestra pasion ó  
»nuestro capricho.

»Más, ¡oh! ¿de qué le servirá esta experien-  
»cia? ¿ella no tendrá padres á quien obedecer!  
»abandonada por el uno, muerta la otra ¿dónde  
»irá? ¿quién la guiará? ¿Si mi padre tuviera pie-  
»dad de ella! doce años de martirio no serán  
»aún bastantes para haber expiado mi culpa á  
»sus ojos?

»Estas ideas me hacian sufrir mucho, y sin  
»embargo, aún no estaba llena la medida de mis  
»pesares.

»Una mañana salí de mi casa, para ir á en-  
»tregar mi labor en la tienda donde me daban  
»trabajo.

»Al cruzar la calle en que esta se hallaba,  
»tuve que detenerme para dejar el paso á un  
»carruaje.

»Este pasó tan cerca de mí, que casi me der-  
»ribó al suelo.

»Maquinalmente alcé mis ojos y los fijé en los  
»que se hallaban dentro.

»Un grito ahogado se escapó de mis labios,  
»¡mi esposo, Héctor iba allí!

»Mi esposo, Héctor, acompañado de una mu-  
»jer rubia, joven y hermosa, aunque pálida y  
»con aire lánguido.

»Mi esposo sin duda me conoció á su vez, por-  
»que le ví estremecerse y hacer un movimien-  
»to de asombro.

»Yo me quedé inmóvil, y con los ojos fijos en  
»aquel coche que se alejaba.

»Al cabo le ví á lo lejos detenerse: la dama  
»entró en una de las hermosas tiendas que allí  
»habia, seguida de un lacayo, y Héctor se bajó



«tambien, y despues de vacilar un momento se dirigió con rapidez hacia mí.

«La emocion que aquel encuentro me había causado produjo en mí una terrible situacion.

«Mi vista estaba turbada, mis piernas temblaban y la sangre afluyendo á mi corazon doblaba sus latidos y parecia que iba á ahogarme.

«Imposible me era dar un paso ni pronunciar una sola palabra.

«Él se acercó á mí; miró si alguien le observaba, y viendo que no, me dijo con voz alterada:

—«Consuelo!

«Apenas pude contestarle; la fatiga me lo impedía.

«Él, al ver mi estado, cojió mi brazo y murmuró rápidamente.

—«Es preciso que hablemos, ven!

«Y sin aguardar mi respuesta, y temiendo acaso que le observasen, entró en la primera calle de travesía arrastrándome consigo.

«Un carruaje de plaza pasaba junto á nosotros, y deteniéndole, me hizo subir á él, dando órden al cochero de que nos condujera á la pradera de San Antonio.

«Corrió las cortinas de modo que nadie pudiese vernos, y exclamó ya mas seguro dirigiéndose á mí.

—«Tranquilízate, no trato de hacerte reconvenccion alguna, el pasado no existe puesto que al separarte de mi lado lo has querido así, pero es preciso que nos entendamos con respecto al porvenir.

—«¡Héctor! exclamé con voz ahogada y sofocada por la emocion: ¡Héctor!

—«Veo qué has cambiado mucho!

—«¡Oh! ¡estoy muy enferma! ¡he sufrido tanto!...

—«¿Has sufrido? tal vez no has encontrado toda la dicha que esperabas al separarte de mí?

—«¡La dicha! ¿qué quieres decir?

—«No me lo preguntes; tu conciencia te responderá mejor que yo.

—«¿Cómo! ¿supones...?

—«¡Oh! nada; ya te he dicho que el pasado no existe; te alejaste de mi lado, yo te busqué para castigar mi afrenta....

(Continuare).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## Á MI AMIGA ELISA.

Estoy tan hecho á llorar  
y avezado ya al quebranto,  
que lo quiero tanto.... tanto  
como pudiera al gozar.

Por eso, Elisa querida,  
no esperes que al referir  
el corazon su sentir,  
cuenté el placer de la vida.

¿Cómo quieres, alma mía,  
que le cante yo al placer,  
si en una tumba el querer  
está, y mi fé y mi alegria?

¿No has visto mis ilusiones  
cual humos al deshacerse  
de mi corazon perderse  
y dejarlo entre visiones?

Tú tambien, niña, lloraste  
sobre tumba que guardaba  
una madre que te amaba,  
una madre que tú amaste.

¿Y sabes qué es amargura!  
y me dices ¡ay! Elisa,  
que en mis versos brote risa  
y olvide la desventura.

¿Sabe acaso el corazon  
fingir cosas al deseo?  
¿Podré cantar, si no creo  
del mundo loca ficcion?

Deja que alegres cantares  
suenen en líras mejores,  
que el que vive con dolores  
no canta mas que pesares.

Y si al mundo causa enojos  
del corazon la poesia,  
romperé la lira mía  
y lloraré con los ojos.

Mas no me reproches, niña,  
porque adore el sentimiento,  
y que triste el pensamiento  
en dulce pesar se tiña.

Que una lágrima es la vida  
vertida en copa de amor,  
y es ley eterna el dolor  
de esta mísera partida.

¡Feliz quien puede llorar!  
¡feliz aquel que suspira!  
¡Ay, ay de mí, si mi lira  
ronca volviera á callar!

Matias Pastor.

Salamanca 1.º de Noviembre de 1876.

## VARIEDADES.

### LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO.

Sobre un empinado cerro, al pié de fuerte castillo, y desde las azoteas de un ancho caseron, estaba un quidam mirando hacía el valle que á lo lejos y á vista de pájaro descubria.



Allá en lo mas hondo se hallaba un segador amontonando sus haces junto al respiradero de una mina.

Y como el viento sopla en las alturas, y se cuela sutilmente por los oídos..., el de arriba, un tantico aventado, decia:

—¡Qué pequeños son ante mí los hombres que hormiguan por el llano! Aquel de la hondonada es tan pigmeo que apenas lo distingo. ¡Ya se vé! ¡Como yo soy tan alto! El pobre se comparará conmigo, y estará admirado, mirándome y diciendo: «¡Qué señorón tan grande!»

Sabido es que los humanos, al medir su elevación, no suelen tomar en cuenta la del pedestal á donde los encarama la intriga ó los empina la fortuna.

Cuando mas engreído estaba el señorón con su grandeza, cátese que sintió hácia el cogote una humedad extraña. Llevóse prontamente la mano al cerviguillo, y con mayor prontitud la sacudió exclamando: «¡Qué porquería!»

Era que desde la torre del castillo un personaje mas empingorotado, para significarle su desprecio, le habia escupido encima de la nuca, como quien dice: «Allá va eso para su alteza.»

Pequeñeces de los grandes, ó mas bien de los engrandecidos, que al subir á un alto puesto escupen ó miran por encima del hombro á los que dejan un poquito mas abajo. Como si no supiéramos todos que allá mucho mas arriba... los primeros serán los últimos, y esto para castigo y humillación de los soberbios.

—Qué insolencia! prorrumpió el del terrado, dirigiendo al de la torre una mirada de basilisco. Deja, deja que yo suba, y verás si te hago escupir los dientes.

—¡Já, já, já! Facilillo es eso! decia el encastillado, creyéndose al abrigo de cualquier tentativa.

Pero al asomar la cabeza ¡pataplum! ¡zás! se le vino encima un peso que á poco le acogota.

¿De dónde podía venir aquel imprevisto y oportuno golpazo? Fácilmente pudo inferirlo... Un globo se balanceaba en el espacio. En la barquilla elevábase un intrépido aereonauta, y éste se habia entretenido en arrojarle desde las alturas uno de los talegos de arena y casquijo que llevaba por lastre.

—¡Vagabundo! ¡Tunante! ¡Aventurero! ¡Quién fuera buitre para sacarte los ojos! gritaba el de la torre desgañándose, mientras el del globo, sin hacerle caso, iba subiendo, subiendo, y ensanchándose al ver que tenia bajo sus pies al mundo entero.

Á todo esto, el labrador, mirando á los de arriba, figurábase que por aquellas alturas todo era tortas y pan pintado. Envidiábale al del globo su extraordinaria elevación, al de la torre su predominio, al del terrado su comodidad.

—¡Con qué descanso toma el fresco! decia refiriéndose al mas vecino... ¡Qué á gusto me hallaría yo sentado en su azotea! Por esta hondonada no corre un pelo de aire... ¡Por allí sopla de lo lindo! ¡Así están repartidos los bienes y los males! Para los de arriba, las anchuras, los mandos, los honores, las comodidades, el lujo y los placeres; para los de abajo la estrechez, la servidumbre, los desprecios, las privaciones, la indigencia y los trabajos. ¡Y luego extrañarán que yo les envidie la suerte! Lo extraño fuera que alguno envidiara la mia.

—¡Bienaventurados los que se calientan al sol! Dicho so el que pisa las yerbas del campo! exclamó repentinamente un hombre que trabajaba dentro de la mina.

—¡Válgale Dios! ¡Y con qué poco se contenta mi vecino! prorrumpió el labriego acercándose á escuchar el solloquio del minero. Éste decia:

—¡Triste cosa es vivir como los topes, delajo de la tierra! En estas profundidades estoy como encerrado en un sepulcro, y hasta el aire que se respira huele á muerto.

—¡Pobrecillo! Tiene mucha razon, dijo el oyente olfateando la boca de la mina. Esta boca es mas oscura que la de un lobo. ¡Y despidе un aliento que apesta!

—Qué diferente vida pasa el campesino! decia el otro; cansado de hacer siempre una misma cosa. En la variedad está el gusto, y sus tareas son tan varias, que no le dan lugar á fastidiarse. Ya labra el surco, ya escarda el trigo, ya recoge las espigas, ya extiende la parva y maneja el biello, ya sube al trillo y se pasea como un señor en su coche... Ya coje la pala, y ¡zás! allá van los granitos bailando por un lado y la paja menuda por el otro. De veras lo digo: si yo fuera labrador no cambiaria mi suerte por la del Papa.

—¡Oiga! exclamó el labriego, ¿con que tan dichosa es mi suerte? ¡Y yo no la conocia! ¡Este hombre acabará por convencerme de que soy un majadero! Desde ahora, en vez de compararme con los de arriba, me compararé con los de abajo, y daré gracias á Dios porque me ha colocado en medio de los unos y los otros.

Al decir esto, miró al cielo, y vió que las nubes se habian ido ennegreciendo, el sol estaba eclipsado, las aves aturdidas revoloteaban casi á flor de tierra; oyóse un ruido lejano, y de improviso estalló la tormenta.

El globo, sacudido por encontrados vientos, amenazaba rasgarse, y el hombre que se habia remontado en él, de muy buena gana hubiera cambiado su elevadísima posicion por la del humilde operario de la mina.

Una sierpe de fuego hendió los nubarrones y deshizo el globo. La incendiada barquilla rodó por el vacío, y el aéreo navegante cayó en los derrumbaderos de la montaña.

El rayo hirió tambien la torre y al que estaba empinado en ella. Una de las desquiciadas piedras fué á caer encima del terrado, dañando gravemente al hombre que allí estaba.

El segador, al ver aquello, santiguóse, agachó la cabeza, y aunque no pudo salvarla del chubasco, dióse por muy librado á costa del susto y de la mojadura; pues, como él decia, el agua no rompe los huesos, y en llegando al pellejo escurre.

Cuando el minero llegó á saber que la tempestad habia pasada por encima de su cabeza, ya el sol habia enjugado los haces y la ropa del campesino...

No envidien los de abajo á los de arriba; las grandezas del mundo se pagan á tanto el metro; los peligros, los azares y los destronamientos sirven de numerario... La felicidad huye del ambicioso que la busca en alto puesto; mas fácil es hallarla en el fondo de una conciencia pura. Vivir contento en el estado mas humilde, conformarse con la voluntad de Dios, hé ahí el gran secreto de la filosofía. Ella nos dice que cuanto mas alta es una torre, mas cerca está del rayo.

Consuélense los pequeñuelos del mundo; en sus revueltos mares suelen irse á pique los navios y salvarse las chalupas de la costa.

(Hoja popular).

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo, números 21 y 25.